

INTRODUCCIÓN

La pregunta filosófica por la naturaleza, origen y estructura del espacio es casi tan antigua como la filosofía misma. Desde que el hombre se ha cuestionado sobre el ser de la materia y los cuerpos, la necesidad de dar respuesta a la pregunta sobre el espacio se ha mostrado imperante: ¿qué es esto en lo que somos, vivimos y nos movemos¹? ¿Es una cosa más entre las cosas? ¿Una sustancia de sustancias?

Este carácter difuso del concepto de espacio lo coloca en una posición fundamental dentro de cualquier constructo teórico. Su relación con la materia lo vuelve un elemento esencial dentro de la filosofía de la naturaleza; su distinción respecto a las sustancias materiales en términos de penetrabilidad lo acerca a los temas de la metafísica. En este sentido, el espacio es uno de esos conceptos que funge de un modo ideal como vaso comunicante entre ciencia y filosofía, entre filosofía de la naturaleza y metafísica.

Probablemente sea en la modernidad cuando este papel híbrido del espacio se observe con mayor patencia: cuando en los siglos XVI y XVII la concepción de la materia y el cosmos cambió radicalmente, la pregunta por la naturaleza del espacio volvió a tomar un protagonismo en el panorama filosófico. La hipótesis copernicana del nuevo sistema cosmológico, los cálculos keplerianos de los movimientos celestes, la deducción galileana de las leyes del movimiento, el nacimiento, en fin, de un nuevo paradigma científico, impulsaron la reflexión y crítica sobre los cimientos mismos del pensamiento filosófico clásico. El tema del espacio fue fundamental en esta revolución en la medida en que representaba el marco de

1. “Porque en él vivimos y nos movemos y somos”, *Hechos*, 17:28. No es casualidad que esta expresión de San Pablo, originalmente referida a Dios, haya sido utilizada en la modernidad en relación al espacio.

referencia en el que estas leyes se verificaban y el marco filosófico en el que se encuadraba la nueva concepción de la naturaleza.

Esta revolución encontró su clímax con la publicación de los *Principia mathematica philosophiae naturalis*. Es esta obra de Sir Isaac Newton la que encarna con claridad los principios fundamentales de la nueva ciencia: se describen matemáticamente las leyes universales del movimiento y se aporta evidencia empírica que demuestra la validez de este modelo matemático. El tema del espacio adquiere protagonismo primordialmente en dos puntos de esta obra. En las Definiciones se establecen sus características principales: absoluto, homogéneo e inmóvil. En el Escolio General, en cambio, se establece la relación entre el espacio y Dios. De este modo, el concepto de espacio se encuentra en el principio y el fin de todo el sistema natural newtoniano. La validez de sus innegables aportaciones en materia mecánica dependía en buena medida de la coherencia y fundamentación que pudiera tener el espacio como una noción fundante.

Paralelo al desarrollo de este constructo teórico, otro gran pensador empezaba a formular los primeros cimientos de un sistema que intentaba reconciliar los avances científicos que habían dado a luz a la modernidad con la tradición clásica de pensamiento metafísico que había caído en decadencia en la escolástica tardo-medieval. Este hombre fue Gottfried Wilhelm Leibniz: filósofo, científico, diplomático e historiador; una de las últimas mentes universales que conoció la humanidad. Heredero de incontables tradiciones, Leibniz encontrará igualmente semillas de verdad en Hobbes que en Kepler; en Bacon que Copérnico; en el proyecto galileano que en la metafísica aristotélica. Ecléctico en el mejor sentido, este sabio alemán recolectó no trozos irreconciliables, sino verdaderos eslabones que configuraron, poco a poco, un nuevo sistema. Su pensamiento se extendía a prácticamente todos los ámbitos del saber conocidos en el siglo XVII y en buena parte de ellos realizó avances significativos, aunque no todos ellos suficientemente reconocidos. En particular, en el ámbito de la filosofía natural y la metafísica, sus estudios lo llevaron pronto a develar en la tradición cartesiana elementos inconsistentes. Contra ella, postulaba las nociones de fuerza y sustancia como elementos para reconstruir un sistema que permitiera dar razón a las cuestiones metafísicas más profundas y, al mismo tiempo, de los fenómenos y el comportamiento de los cuerpos.

Cuando los avances newtonianos en mecánica dieron la vuelta al mundo, ya era pública la crítica que Leibniz había realizado al sistema cartesiano de la naturaleza y su contrapropuesta dinámica. Con su espíritu

INTRODUCCIÓN

incluyente, Leibniz supo ver de inmediato el valor irrefutable de los hábiles cálculos con los que Newton describía cientos de fenómenos. Sin embargo, el filósofo alemán advirtió de inmediato que, con el mérito innegable que correspondía a los *Principia*, existían algunos temas en la fundamentación y en las consecuencias metafísicas del sistema newtoniano que contradecían su propio sistema. Sus investigaciones comenzaron paulatinamente, tanto en el ámbito privado como en el público, a analizar estos conceptos fundamentales. El espacio, desde luego, fue una de las nociones centrales dentro de esta crítica.

Aunado a esta discusión teórica —y, en buena medida, opacándola— apareció una polémica cuyas consecuencias fueron desastrosas tanto para la relación científica entre el continente e Inglaterra como para la reputación de Leibniz entre la comunidad académica. Se trata de la polémica por la primacía de la invención del cálculo infinitesimal, una herramienta matemática que habría de revolucionar el desarrollo científico a lo largo de generaciones. Ambos autores, hoy reconocidos inventores del cálculo, reclamaban para sí la primicia de este revolucionario conjunto de algoritmos.

Esta rivalidad fue creciendo a lo largo de los años y, para el final de la primera década del siglo XVIII, se trataba ya de una disputa de dimensiones internacionales y que rebasaba ya el ámbito del problema del cálculo. En cierto modo, Newton y Leibniz representaban el espíritu de dos tradiciones muy distintas de pensamiento que peleaban por su supervivencia en la comunidad científica de la época. Aunque las diferencias entre estos autores y las concepciones epistemológicas que respaldaban sus investigaciones han sido en ocasiones sobredimensionadas por la crítica, es verdad que en su polémica se jugaba el sentido que habría de tomar el conocimiento en los albores de una nueva época vaticinada por el progreso innegable de la ciencia.

El último episodio de este largo enfrentamiento es la correspondencia que sostuvo el sabio alemán con el teólogo Samuel Clarke, discípulo y amigo de Newton. Con motivo de una carta enviada por Leibniz a su amiga la princesa Carolina de Ansbach, se desató una controversia sobre el modo en que ambos sistemas se relacionaban con la teología natural y la ortodoxia religiosa. Como era de esperarse, el tema del espacio habría pronto de hacerse presente y se convertiría en uno de los principales puntos de discusión dentro de la correspondencia. La disputa se desarrolló a lo largo de

poco menos de un año hasta que la muerte de Leibniz le impidió leer la última respuesta de su interlocutor inglés.

Este conjunto de diez cartas ha pasado a la historia no sólo como uno de los epítomes del enfrentamiento entre Newton y Leibniz, sino también como uno de los documentos clásicos de la discusión en torno al carácter y naturaleza del espacio y como el testamento final de la teoría leibniziana del mismo². Se vuelve patente entonces la importancia que tiene la correspondencia y lo imperativo que es el esfuerzo por echar luz sobre su interpretación.

La influencia de la polémica fue inmediata. Es bien conocida la relevancia que tuvo para la elaboración del concepto de espacio de Euler, así como en las críticas epistemológicas de Voltaire hacia Leibniz. Se ha documentado también la influencia que tuvo esta polémica en el joven Kant y en su elaboración del concepto de espacio en la Estética Trascendental y en la descripción de las Antinomias³. Pero su importancia no puede ser considerada meramente como un dato histórico. La correspondencia debe ser leída por su capacidad de dar luces a la discusión actual sobre el espacio y sobre el resto de los temas que se tratan en la misma. Como decía Cassirer, “no es una simple controversia entre dos pensadores, sino la colisión entre dos métodos fundamentales de hacer filosofía. Y ésta es la parte de la disputa que la torna importante e interesante incluso para un lector actual”⁴.

Cassirer tiene razón al decir que en la polémica se encuentran dos sistemas filosóficos en buena medida antagónicos. Sin embargo, es importante notar que, incluso entre estos dos modelos filosóficos contrarios,

2. Cfr. Cook, John: “A Reappraisal of Leibniz’s Views on Space, Time and Motion” en *Philosophical Investigations*, vol. 2, núm. 2, 1979, p. 20; Hartz, Glenn; Cover, J.: “Space and Time in the Leibnizian Metaphysics” en Woolhouse, Roger (ed.): *Gottfried Wilhelm Leibniz. Critical Assessments. Vol. III*, Routledge, London, 1994, pp. 492-519. Para algunos matices que se deben introducir sobre la actualidad de las tesis leibnizianas, cfr. Schepers, Heinrich: “Die Modernität der Begriffe Raum und Zeit bei Leibniz” en *Studia Leibnitiana. Sonderheft*, vol. 37, 2010, pp. 19-32.

3. Un estudio detallado sobre la relación entre la correspondencia Leibniz-Clarke y las Antinomias kantianas se encuentra en Sadik, Al-Azm: *The Origin of Kant’s Arguments in the Antinomies*, Oxford Univ. Press, New York, 1972. Sobre su relación con el concepto de espacio kantiano, cfr. Placencia, Luis: *La ontología del espacio en Kant*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2007, pp. 29-38.

4. Cassirer, Ernst: “Newton and Leibniz” en *The Philosophical Review*, vol. 52, núm. 4, 1943, p. 366.

INTRODUCCIÓN

existe un suelo común que explica en buena medida el valor y riqueza de la correspondencia. En primer lugar, ambos autores están intentando defender la dependencia del mundo respecto a Dios; en segundo lugar, que ese Dios es perfecto y libre. El camino por el que intentan demostrar estos puntos es tan profundamente diverso que ambos autores se acusan de malograr precisamente estas mismas tesis⁵. Clarke intenta establecer en términos de una voluntad libre y autónoma la relación de Dios con el mundo: de este modo el mundo se mantiene dependiente de Dios sin que su libertad infinita se vea menguada por estar ceñida a la naturaleza. Leibniz en cambio intenta hacer de Dios una *intelligentia supramundana* cuya voluntad sigue siempre una racionalidad divina. Con esto, Leibniz cree salvar la libertad de Dios y su perfección, al no tratarse de una voluntad arbitraria y déspota.

Los peligros más cercanos son, desde luego, el determinismo y el panteísmo. Ambos autores consideran que estos males acechan tras la puerta que su oponente quiere abrir: detrás de la autonomía de la naturaleza fundada por Dios se encuentra, apunta Clarke, un determinismo radical. Si se niega que Dios es un ente supramundano, se llega necesariamente a un panteísmo, pensará Leibniz. De aquí que una de las armas erísticas más fuertes que posee Leibniz sea precisamente la que está relacionada con la noción de espacio: en ella se vuelve patente que el sistema newtoniano acerca tanto a Dios con relación a la naturaleza que las dimensiones divinas y las del mundo se confunden; su inmensidad se convierte en la inmensidad del universo. La reducción al panteísmo es inminente. Para Clarke, en cambio, al admitir que no hay relación espacial entre Dios y el mundo, se vuelve insostenible la providencia y la acción del espíritu en general: la libertad queda suprimida en pro del determinismo. Es en este punto en el que la discusión por el concepto de espacio se vuelve fundamental dentro una polémica cuyo interés primero es el de la teología natural. De este modo, la correspondencia con Clarke (al igual que otras correspondencias

5. Como hace ver Koyré, la victoria newtoniana en el ámbito científico fue contraproducente respecto a sus propios objetivos en el ámbito filosófico. Laplace, quien fuera llamado el “Newton francés”, decía a Napoleón respecto de Dios: “Sire, je n’ai pas eu besoin de cette hypothèse”. Cfr. Koyré, Alexandre: *Del mundo cerrado al universo infinito*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 255-256. Cierta o falsa la anécdota, es ilustrativa del desarrollo que tuvo la ciencia newtoniana: terminó desligando al mundo de Dios y haciendo de aquél un autómata mecánico; exactamente aquello de lo que se acusaba a Leibniz.

leibnizianas respecto a otros temas) se convierte en el texto que mejor documenta la opinión leibniziana del espacio. Un escrito que, sin ser un tratado, nos aporta las mejores pistas para reconstruir sus tesis sobre el tema.

A partir de otra revolución científica —esta vez varios siglos después—, el tema del espacio ha vuelto a tomar importancia dentro del panorama científico y filosófico. La teoría de la relatividad elaborada por Albert Einstein llevó a su cumbre a una larga tradición que venía desafiando los presupuestos básicos de la teoría newtoniana, incluido, desde luego, el del espacio absoluto. La necesidad de dar explicación de un concepto de espacio que no se ajustaba a las características adjudicadas por Newton hizo que volvieran las miradas al sabio que había desafiado, trescientos años antes, estos mismos conceptos⁶. La correspondencia con Clarke aparecía entonces como un anticipo, malentendido o menospreciado, de las tesis relativistas.

Esta perspectiva debe ser tomada con reservas⁷. Es verdad que Leibniz defiende en la correspondencia con Clarke una noción de espacio que se opone a la newtoniana y que defiende un cierto relativismo. Sin embargo, es evidente el riesgo de caer en un anacronismo si se quiere establecer a Leibniz como un antecedente directo de la relatividad de Einstein. Los descubrimientos de éste último serían impensables sin una cantidad importante de avances científicos y desarrollos matemáticos que le antecedieron: las ecuaciones de Maxwell, los experimentos de Michelson-Morley, las investigaciones de Lorentz y los modelos matemáticos de Minkowski. Si a esto se suma que Mach, a quien Einstein reconoce como su antecedente filosófico más directo, no hace mención alguna de Leibniz como precursor importante de la crítica del espacio absoluto, se vuelve más difícil pensar

6. Boi, Luciano: “Leibniz sur l’espace, le continu et la substance: mathématique, physique et métaphysique” en *Philosophiques*, vol. 22, núm. 2, pp. 407–411; Reichenbach, Hans: “La teoría del movimiento según Newton, Leibniz y Huygens” en *Moderna filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1965 (tr. Francoli Palomo y Alfonso Carlos), pp. 63–65; Zimmermann, Rainer: “Relational Concepts of Space and Time in Leibniz and the Foundation of Physics” en *Nihil Sine Ratione. VII Internationaler Leibniz-Kongress*, Berlin, 10–15 de septiembre de 2001, pp. 1428–1436.

7. Como se hace en Mates, Benson: *The philosophy of Leibniz: Metaphysics and Language*, Oxford Univ. Press, New York, 1986; De Risi, Vincenzo: “Leibniz on Relativity. The Debate between Hans Reichenbach and Dietrich Mahnke” en Krömer, R.; Drian, Y. (eds.): *New Essays in Leibniz Reception: In Science and Philosophy of Science*, Springer, Basel, 201, p. 150; Alexander, H. G.: “Introduction” en *The Leibniz-Clarke correspondence. Together with extracts from Newton’s Principia and Optiks*, Manchester Univ. Press, Manchester, 1956, p. lv.

INTRODUCCIÓN

en Leibniz como una influencia directa del relativismo moderno. Sin embargo, es a causa de esta falta de continuidad entre la tradición relativista y la base filosófica de Leibniz que el estudio de la correspondencia se convierte en algo más que un mero estudio arqueológico o histórico. Son precisamente las diferencias entre Leibniz y esta tradición las que pueden resultar valiosas para describir una nueva perspectiva de aproximación al concepto de espacio desde el relativismo mismo. Las cuestiones filosóficas que siguen vivas, aun establecidas las tesis relativistas de Einstein, pueden recibir un valioso aporte si se analiza el origen de las mismas.

Es evidente, de este modo, que una investigación sobre el concepto de espacio en Leibniz posee una posición estratégica. Por una parte, dado el lugar que ocupa la noción de espacio en cualquier sistema filosófico —y, en particular, en el leibniziano— se ve con claridad que un estudio de esta naturaleza comporta una excelente oportunidad para hacer una radiografía del sistema total desde una perspectiva privilegiada. En buena medida, desentrañar el significado fiel de lo que Leibniz entendía por espacio permitirá recorrer la espina dorsal de su filosofía⁸. Por otra parte, dado el lugar que ocupa Leibniz dentro de la historia de la filosofía del espacio y la profundidad de sus reflexiones en esa materia, esta investigación abona también ampliamente al debate sobre la naturaleza del espacio. Es verdad que, tratándose de una perspectiva histórica, no estará formulada en los términos de la discusión actual; su valor consiste, más bien, en asentar con rigor los términos originales de la discusión para hacerlos más útiles con vistas al análisis contemporáneo.

Dada la importancia del tema, no es de extrañar que haya tomado relevancia entre los investigadores, tanto a través de estudios especializados en la filosofía de Leibniz como a través de estudios históricos o sistemáticos del concepto de espacio. Algunas muestras de estos últimos son los

8. "But Leibniz' theory of space is important for other reasons. Perhaps no doctrine in his entire scientific and philosophical outlook cuts as deeply to the heart of his position, indicating both its strength and its weaknesses, and its relation to that of previous and subsequent modern scientists and philosophers". Northrop, F.: "Leibniz's Theory of Space" en *Journal of the History of Ideas*, vol. 7, núm. 4, 1946, p. 422.

textos ya clásicos de Earman⁹, Sklar¹⁰, Graham Nerlich¹¹ o Michel Ghins¹². Sin embargo, estos textos, como muchos otros libros semejantes, tienen la desventaja de tratar las tesis leibnizianas o bien de un modo tangencial, o bien cometiendo algunos anacronismos en virtud del carácter histórico-comparativo de sus trabajos.

Estudios sobre el espacio se encuentran dispersos en la amplísima cantidad de monografías sobre Leibniz en donde se toca el tema, de nuevo, de un modo tangencial. Algunas son, no obstante, de gran importancia para la comprensión del concepto de espacio¹³. El estudio sobre la rivalidad entre Leibniz y Newton ha sido abordado en repetidas ocasiones, pero centrado especialmente en la disputa sobre la prioridad del cálculo o del sistema cosmológico general¹⁴. El único libro, hasta donde tengo noticia, centrado exclusivamente en la polémica Leibniz-Clarke es el publicado por Ezio Vailati¹⁵. Este estudio toca, entre otros varios tópicos, el tema del espacio, pero no de un modo específico y como se verá, con menos fortuna que cuando trata otros temas de la correspondencia.

Existen otros textos, también de reciente factura, que se centran exclusivamente en el estudio del espacio leibniziano. Destacan, en particular, el trabajo de Michael Futch, sobre la metafísica leibniziana del tiempo y el

9. Earman, John: *World Enough and Space-Time*, MIT, Cambridge MA, 1989. Un trabajo de Earman centrado exclusivamente en el pensamiento leibniziano es: Earman, John: "Leibniz and the Absolute vs. Relational Dispute" en Rescher, Nicolas (ed.): *Leibnizian Inquiries. A Group of Essays*, University Press of America, Lanham, 1989.

10. Sklar, Lawrence: *Space, Time and Spacetime*, London, California Univ. Press, 1974.

11. Nerlich, Graham: *The shape of space*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1976.

12. Ghins, Michel: *L'inertie et l'espace-temps absolu de Newton a Einstein*, Bruxelles, Acad. Royale Belgique, 1990.

13. Destaca de manera importante el clásico libro, Gueroult, Martial: *Leibniz. Dynamique et Métaphysique*, Aubier-Montaigne, Paris, 1967; y Fenton, Norman: *A New Interpretation of Leibniz's Philosophy: with Emphasis on his Theory of Space*, Paon, Dallas, 1973.

14. Es remarcable el estupendo trabajo en Hall, Rupert: *Philosophers at War. The quarrel between Newton and Leibniz*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1980; y en Bertoloni, Domenico: *Equivalence and Priority. Newton versus Leibniz*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1993.

15. Vailati, Ezio: *Leibniz & Clarke: a study of their correspondence*, Oxford Univ. Press, New York, 1997.

INTRODUCCIÓN

espacio¹⁶, y el reciente trabajo de Vincenzo de Risi¹⁷ sobre el *analysis situs* y el espacio en Leibniz. El presente trabajo se distingue de aquéllos en su enfoque. Como se verá, esta investigación pretende establecer un concepto de espacio coherente con la metafísica leibniziana a partir de la comprensión de la discusión con el newtonianismo. El trabajo de Futch, en cambio, a pesar de tratar de establecer una “metafísica del espacio”, no se concentra en extraer el concepto leibniziano de espacio desde su propia metafísica, sino que trata de comprender, en los términos actuales de la discusión, el carácter ontológico del espacio según la propuesta leibniziana. El trabajo de Risi tiene un enfoque distinto. A partir de un amplio estudio del *analysis situs* —el modelo con el que Leibniz pretendía refundar la geometría— investiga la relación de éste con la metafísica leibniziana a través de la filosofía del espacio. Esta perspectiva difiere de la adoptada aquí principalmente en el orden de investigación: mientras De Risi parte del *analysis situs* por ser el comienzo histórico de la teoría leibniziana del espacio, mi aproximación tiene un criterio distinto. Es también histórico, pero parte de la crítica leibniziana al espacio newtoniano; y es también lógico, porque parte de los fundamentos de su metafísica para ir a otros temas lógicamente derivados, como podría ser el *analysis situs*.

En español, la bibliografía secundaria sobre el tema se reduce drásticamente. Sobre la disputa entre Leibniz y Newton destaca un estudio en dos libros realizado por Pérez de Laborda¹⁸. Sobre el concepto leibniziano de espacio, Josep Olesti ha publicado un libro en comparación con la versión kantiana del mismo¹⁹.

De este modo, aunque la consideración de Leibniz dentro de los grandes filósofos del espacio tiene ya una larga historia, se ve que sólo recientemente se han realizado estudios sistemáticos de este concepto en su pensamiento y que las diversas perspectivas desde donde puede llevarse a cabo dicha investigación vuelven importante la proliferación de estos trabajos.

16. Futch, Michael: *Leibniz's Metaphysics of Time and Space*, Springer, New York, 2008.

17. De Risi, Vincenzo: *Geometry and Monadology. Leibniz's Analysis Situs and Philosophy of Space*, Birkhäuser, Basel, 2007.

18. Pérez de Laborda, Alfonso: *Leibniz y Newton I. La discusión sobre la invención del cálculo infinitesimal*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1977; y *Leibniz y Newton II. Física, filosofía y Teodicea*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1981.

19. Olesti, Josep: *Kant y Leibniz: La incongruencia en el espacio*, Universidad Politécnica de Valencia, Valencia, 2004.

El presente estudio pretende colaborar en la profundización de este conocimiento. Su vocación primordialmente histórica no renuncia a la idea de que en la interpretación del pensamiento de un autor se encuentran herramientas valiosas para la solución sistemática de los problemas filosóficos. Lo opuesto sería profundamente anti-filosófico y —dicho sea también— anti-leibniziano²⁰. Sin embargo, esta aplicación no puede realizarse de un modo anacrónico y perdiendo de vista el contexto y los problemas a los que se enfrentaba el autor que se estudia. Es esta la razón por la que la presente investigación tiene como punto de partida un análisis histórico y contextual de las circunstancias políticas, sociales, ideológicas y biográficas que rodean a la polémica.

De este modo, el primer capítulo se centrará en la elaboración de un marco contextual que permita una comprensión adecuada de los argumentos esgrimidos en la correspondencia. El turbulento escenario que enmarca la disputa hace evidente que el análisis deberá ser prolijo y que habrá de establecerse desde distintas perspectivas. Lo primero que se analizará es la disputa que antecede (y que en buena medida da origen) a la correspondencia con Clarke, a saber, el enfrentamiento que tuvo con Isaac Newton por la prioridad de la invención del cálculo infinitesimal. Aunque las polémicas por la prioridad de algún invento o descubrimiento eran moneda corriente en el siglo XVII, esta disputa tiene un desarrollo muy particular por la manera en la que ciertos malentendidos se acomodaron del peor modo para la suerte de Leibniz y a favor de la suspicacia inglesa. Poco a poco, la polémica fue sumando nuevos elementos a ambos bandos con la plena convicción cada uno de ellos de estar defendiendo al real y genuino inventor del cálculo infinitesimal. Omitir estas aristas implicaría perder de vista el origen de la animadversión entre Leibniz y el círculo académico inglés: no se comprenderían ni el ánimo con el que llegan al intercambio epistolar los interlocutores ni los objetivos últimos que persiguen en la correspondencia; esto es, las intenciones secundarias pero fundamentales que llevaron a Leibniz a apuntar su arsenal filosófico hacia la Isla.

En esta misma tónica, será importante señalar también la situación biográfica de cada uno de los interlocutores. No sólo en relación a la polémica por el cálculo, sino también en otras relaciones políticas y sociales.

20. El mismo Leibniz acusaba a algunos cartesianos de esta actitud: “Cartesiani autem non pauci vereor ne paulatim Peripateticos complures imitari incipiant, quos irridet, hoc est ne pro recta ratione et natura rerum, consulendis magistri libris assuefiant”. *Brevis demonstratio errores memorablis Cartesii*, A VI, 4C, p. 2029.

INTRODUCCIÓN

No se puede olvidar que Leibniz fue un diplomático de primera línea cuyos trabajos incluso abonaron a que la familia de Hannover, para la cual trabajaba, terminara en el trono de Inglaterra. Su patrón Jorge Luis, elector de Hannover, se convirtió en Jorge I de Inglaterra llevando así a la corte hannoveriana a Londres. Es precisamente la nuera de este nuevo monarca, Carolina de Ansbach, quien contactará a Leibniz y a Clarke a través de sus cartas.

Se vuelve entonces evidente la injerencia que tendrá la correspondencia dentro de la vida política de Inglaterra. Las consecuencias que previsiblemente tendría el resultado de la disputa (y no sólo las que de hecho tuvo) serán determinantes para entender el comportamiento de cada uno de los participantes.

Se verá a partir de esto la necesidad de llevar el análisis también al contexto ideológico y teológico que se desarrollaba en torno a la polémica. La relevancia de este contexto teológico está relacionada con dos factores: en primer lugar, la gravedad que tenía en la época una acusación de heterodoxia o impiedad hacía de este tema un recurso natural para atacar el sistema filosófico adversario. En segundo lugar, el hecho de que el interés por las cuestiones filosóficas que tenía la Princesa Carolina (quien se convertiría en mediadora y árbitro de la disputa) estaba especialmente motivado por un fuerte interés teológico y religioso. En este sentido, será fundamental que se exploren los temas que eran delicados en este ámbito para comprender qué dirección debían tomar los argumentos y con qué propósito.

Finalmente, será relevante también en este análisis histórico abordar la cuestión del papel que juega Newton en la polémica. Como se verá, existen diversas hipótesis respecto al involucramiento del científico inglés en la concepción y redacción de las cartas. Se ha llegado a sostener, incluso, que Clarke no era sino un simple portavoz de Newton y que las ideas que se expresan en las cartas deben ser atribuidas a este último. Como se verá, la relación de Newton con la correspondencia es bastante más compleja y su participación debe ser juzgada a la luz de los contenidos que hay en ella y de la actitud que tenía generalmente el científico de Cambridge en relación a las polémicas que se abrían en su nombre y defensa.

El contexto histórico de la polémica con Clarke ha sido estudiado en algunos textos académicos²¹; estos textos han tenido difusión y suelen ser reseñados por aquéllos que hacen estudios sobre el espacio leibniziano. Sin embargo, sus hallazgos suelen ser sólo mencionados y, al momento de realizar el análisis de los contenidos de la correspondencia, se olvidan los datos que los estudios contextuales aportaron. De este modo la historiografía no beneficia la comprensión de los conceptos y se vuelve estéril dentro del análisis. Como se verá, la interpretación que aquí se defiende difiere de otras en ciertos puntos precisamente por indicaciones que el análisis contextual ha señalado. Así, el primer capítulo cumplirá con la función de aportar comprensión al origen y dirección de la polémica con Clarke, sus antecedentes históricos y sus previsibles consecuencias.

Con el segundo capítulo comienza con propiedad el estudio de los contenidos de la correspondencia. El análisis partirá de las tesis más críticas de Leibniz hacia las más propositivas, esto es, comenzará con las objeciones que Leibniz opone al concepto newtoniano de espacio para adentrarse cada vez más en la noción de espacio que Leibniz defiende. Así, en este segundo capítulo se analizarán exclusivamente las críticas que el filósofo de Hannover interpone al concepto de espacio definido en los *Principia* y la *Óptica*.

Para el análisis de esta sección se debe tomar como precaución el establecimiento de un objetivo claro dentro de los razonamientos leibnizianos. La carencia de este criterio ha llevado a algunos estudios a errar el camino por no atender al sentido de las afirmaciones leibnizianas en la polémica. Se suele tomar, por ejemplo, como una prueba de sus propias tesis lo que es en realidad una crítica a Newton; o se considera a veces como una tesis propia del filósofo de Hannover lo que en realidad es una tesis newtoniana que se ha de reducir al absurdo. Aquí el estudio del primer capítulo gozará de una importancia capital: sólo si se toma en cuenta el contexto polémico en el que se desarrolla la correspondencia se podrá definir cuáles son las intenciones que tienen los razonamientos leibnizianos y, en consecuencia, se podrá valorar adecuadamente su alcance y validez.

21. De gran valor son las ideas descritas en Bertoloni, Domenico: "Caroline, Leibniz and Clarke" en *Journal of the History of Ideas*, vol. 60, núm. 3, 1999, pp. 469-486; Shapin, Steven: "Of Gods and Kings: Natural Philosophy and Politics in the Leibniz-Clarke Disputes" en *Isis*, vol. 72, núm. 2, 1981, pp. 187-215; Stewart, Larry: "Samuel Clarke, Newtonianism and the Factions of Post-Revolutionary England" en *Journal of the History of Ideas*, vol. 42, núm. 1, 1981, pp. 53-72.

INTRODUCCIÓN

Es generalmente aceptado que Leibniz posee al menos dos argumentos con los cuales critica al espacio newtoniano. Uno de ellos parte de su famoso Principio de Identidad de los Indiscernibles, otro del no menos reconocido Principio de Razón Suficiente. Sin embargo, a partir de este punto, las interpretaciones de los comentadores suelen divergir drásticamente. Algunos tratan de reducir estos dos argumentos a uno sólo, derivando la validez de uno a partir de la del otro. Otros intérpretes, más críticos, señalan que las objeciones de Leibniz dependen enteramente del Principio de Razón Suficiente y, por tanto, se trata sólo de un tema contingente o dependiente de la Voluntad Divina. La crítica contemporánea encuentra que un argumento de este tipo, dependiente de una presuposición teológica tan difícil de probar, no puede ser considerado como un elemento de valor en la discusión actual sobre el espacio. Por esta razón, se debe realizar un análisis en profundidad sobre la modalidad lógica de ambos argumentos: medir su alcance, esto es, determinar si sus conclusiones tienen un carácter necesario o meramente contingente.

Será necesario también encontrar el fundamento que tienen estas críticas dentro de la filosofía leibniziana. Es decir, mostrar si consisten en razonamientos *ad hoc* que Leibniz interpone al concepto newtoniano o si tienen origen en su propia filosofía, por más que Leibniz no lo haga del todo explícito dentro de la correspondencia con Clarke.

Se analizará también en qué medida Leibniz está hablando desde su propio sistema en la correspondencia, pues resulta evidente que algunos temas típicos de la filosofía leibniziana brillan por su ausencia en la polémica: ¿por qué Leibniz no introduce sus propias tesis con toda claridad en la correspondencia? Algunos académicos consideran las tesis de la correspondencia con Clarke como la posición última y definitiva de Leibniz en torno al tema del espacio. Sin duda se puede considerar como última, pero no como definitiva en el sentido de completa, pues Leibniz, como acostumbraba en varias de sus correspondencias, no vierte sobre sus cartas todo su sistema metafísico a sabiendas de que volvería simplemente imposible el diálogo. Esto, como se ha dicho, suele causar problemas en las interpretaciones: ¿hasta dónde es Leibniz el que habla? ¿Deberíamos suponer, como Russell, que existen varios Leibniz, según las conveniencias a las que se enfrenta en cada carta²²? En este sentido, la búsqueda arqueológica

22. Cfr. Russell, Bertrand: *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz*, Siglo XX, Buenos Aires, 1977 (tr. Hernán Rodríguez), pp. 19-20.

por el origen de las tesis sostenidas en la correspondencia es fundamental por cuanto se juega el papel que tiene la correspondencia en relación con el sistema general leibniziano.

El tercer capítulo continuará en la línea del segundo en la medida en que se seguirá ocupando de parte de algunos aspectos de la crítica de Leibniz al espacio absoluto. Se distingue de aquél en que la crítica analizada aquí no se ocupa más del concepto acabado de espacio newtoniano, sino que se enfrenta a una presunta demostración de su existencia. Esta parte de la correspondencia ha tenido una insistente atención por parte de la crítica en buena medida porque hace referencia a uno de los textos más famosos y polémicos del *opus* newtoniano. Se trata de los experimentos mentales con los que el sabio inglés pretende establecer criterios definidos para diferenciar el movimiento absoluto y el movimiento relativo: el experimento del cubo de agua y el de las esferas unidas por un hilo girando en torno a su centro de gravedad.

Estos famosos experimentos hacen eco dentro de la correspondencia por un argumento análogo con el que Clarke pretende demostrar la existencia de movimientos absolutos. Si el argumento newtoniano ya habría de ser polémico a lo largo de los siglos, la respuesta de Leibniz a Clarke no se quedaría atrás. La solución del pensador alemán constará de una extraña fórmula: admitir que existe una diferencia entre el movimiento real y absoluto y, y sostener que, aun así, su tesis sobre la falsedad del espacio absoluto permanece inalterable. Aunque buena parte de la crítica (e incluso el mismo Clarke) vio en esta afirmación una contradicción manifiesta, es necesario que el análisis vaya más allá de la polémica para dar cuenta de las razones de tal afirmación. Será necesario mostrar, pues, que esta aparente contradicción no lo es tal a la luz del resto del sistema leibniziano. En otras palabras, se debe demostrar que, defendiendo la relatividad del movimiento en los términos en los que Leibniz lo ha hecho a lo largo de toda la correspondencia, se puede afirmar también que hay una distinción entre el movimiento real y el relativo.

Así, el análisis se centrará, por una parte, en la defensa leibniziana de la equivalencia de las hipótesis, esto es, en la presunción de que en cualquier sistema de cuerpos es imposible asignar con precisión a qué elementos corresponde el reposo y el movimiento. Por otra parte, será necesario hacer un estudio del estatuto real del movimiento, aparentemente contradictorio con la equivalencia de las hipótesis, y de su origen en la importante noción de fuerza. Se verá en el análisis que ninguna de estas dos nociones

INTRODUCCIÓN

—fuerza y equivalencia de las hipótesis— puede ser desdeñada dentro del sistema leibniziano. Ambas son fundamentales para la coherencia de su pensamiento y debe encontrarse una solución a esta contradicción si se quiere presumir algo de unidad en el sistema.

La solución de este problema hermenéutico deberá ser buscada en el corazón mismo de la ontología leibniziana: en el fenomenismo y la monadología. Estos dos elementos fueron omitidos en la correspondencia con Clarke y se entiende entonces que el teólogo inglés haya dado por ganada la batalla frente a Leibniz. La correspondencia con Clarke nos muestra, ella misma, que no puede ser comprendida en su totalidad de manera independiente. A estas alturas quedará claro que, si bien la correspondencia es el mejor lugar para comprender la noción de espacio, su carácter combativo, disperso y retórico impide que aporte un concepto cerrado y definido. A partir de ella se puede aspirar a hacer una reconstrucción del concepto de espacio; pero sólo eso: una restauración.

El cuarto y último capítulo carga con la responsabilidad de realizar esta reconstrucción. Los tres capítulos anteriores deberán establecer suficientemente un suelo mínimo de comprensión para reconocer lo que sí se dice y lo que se omite dentro de la correspondencia. Será momento entonces de recurrir al resto de la bibliografía leibniziana para sacar a la luz un concepto que, estando presente en la correspondencia con Clarke, se encuentra a veces omitido, a veces supuesto y a veces manifestado de un modo parcial.

Este análisis partirá de una definición provisional que da Leibniz en la correspondencia y en varios lugares de su obra. El espacio es un cierto orden de coexistencia. El contenido de la frase tiene su complicación al incluir nociones como la de orden y existencia, pero aún más difícil será su interpretación cuando se observe la compleja cantidad de variaciones que posee esta fórmula a lo largo de sus textos.

Por otra parte, según las claras indicaciones aportadas en los capítulos anteriores, será necesario estudiar esta noción a la luz del sistema ontológico leibniziano. En otras palabras, el análisis se centrará en observar en qué manera se comporta la definición de espacio cuando se aplica a cada uno de los niveles metafísicos del sistema leibniziano. Se adoptará provisionalmente la división tripartita del sistema, común ya entre los académicos: monadológico, fenomenológico e ideal. De esta manera, la cuestión a resolver será si es posible, y si lo es, qué significa que haya un orden de coexistencia en el ámbito monádico, en los fenómenos y en las ideas.

El estudio partirá del nivel más básico del sistema: las mónadas, sustancias simples y, en consecuencia, lo único verdaderamente real para Leibniz. La investigación se centrará en la relación de las mónadas con la extensión y con la situación. Se verá que Leibniz es claro en negar la primera y afirmar la segunda en este ámbito. El objetivo será entonces lograr establecer una relación entre la extensión y la situación en donde, contrario a la intuición, ésta última sea primera respecto a aquélla. Se debe encontrar, pues, un modo de construir la extensión a través de la situación.

En el ámbito de los fenómenos será necesario aclarar, en primer lugar, la relación que guardan éstos con las mónadas en general, es decir, esclarecer la noción de fenómeno bien fundado, esencial para la filosofía leibniziana. A través de esta relación podrá tomarse en consideración la relación entre la extensión de los fenómenos y la situación de las mónadas.

El último nivel goza de una particular importancia en la medida en que Leibniz constantemente afirma dentro y fuera de la correspondencia que el espacio se trata de una cosa ideal. Será necesario analizar la teoría de las relaciones (donde se incluyen desde luego las relaciones espaciales) que Leibniz remite al ámbito de lo ideal. De igual manera se tendrá que estudiar brevemente el problema del continuo, ese laberinto al que Leibniz dedicó tantas páginas.

La inserción del análisis en el ámbito fenoménico y, sobre todo, en el ámbito ideal, hacen ver que la estructura metafísica del sistema leibniziano es en realidad una estructura onto-gnoseológica. La pregunta sobre el ser del espacio y la fuente cognoscitiva del mismo empiezan a difuminarse en este nivel. El estudio tendrá que voltear ahora al origen psicológico, lógico y gnoseológico del concepto de espacio. Es en este punto quizá donde la correspondencia con Clarke se vuelve fundamental en la medida en la que ofrece con mayor claridad respuesta a estas preguntas. Pero estos temas gnoseológicos sólo pueden ser interpretados con precisión si se entiende la estructura metafísica que le antecede y que Leibniz omite en buena medida en la correspondencia. Será también importante apuntar y resolver un problema que ofrecen los textos leibnizianos y cuya solución no es evidente a partir de las cartas a Clarke. Se trata de una aparente contradicción en la obra leibniziana por la que afirma, en ocasiones, que el espacio es un todo continuo, anterior a sus partes y una idea innata; esto es, lo dota con todas las características propias del continuo. Por otra parte, afirma también en diversas ocasiones que el espacio está constituido por una infinidad de puntos o lugares. Esta definición que se realiza por composición parece

INTRODUCCIÓN

oponerse a aquélla que hace del espacio un continuo indiferenciado. Habrá entonces que afrontar esta cuestión y determinar si Leibniz está hablando de dos tipos de espacio o si hay alguna incongruencia o cambio de opinión en los textos. La situación no es menor pues el tema del continuo físico fue tratado prolíficamente por Leibniz a lo largo de sus textos y, por tanto, si éste no logra reconciliarse con la teoría del espacio las grietas en el sistema serían considerables. Para resolver esta cuestión será importante acudir al carácter innato con el que Leibniz describe en ocasiones al espacio y al ámbito de la posibilidad dentro de la cual existe también orden de coexistencia, esto es, espacio.

En este punto se tendrá una visión bastante completa de las características metafísicas y gnoseológicas del concepto de espacio. Será posible la aplicación de estas conclusiones a algunas cuestiones que suelen ser los puntos de partida de muchos análisis sobre el espacio leibniziano. Estos problemas cuya solución se presenta laberíntica encuentran una resolución natural una vez que se ha perfilado correctamente el concepto de espacio.

Continuando con la línea gnoseológica del discurso, se tratará primero sobre el papel del concepto de espacio en la geometría y, en consecuencia, del *analysis situs* y su presunta influencia en las geometrías topológicas con las que la crítica lo ha relacionado.

Una segunda aplicación de los avances logrados será en el análisis de la relación entre Dios y el espacio. El tema entra en la polémica desde la primera carta de Leibniz. Antes incluso que el tratamiento propio del espacio, el filósofo alemán lanza su ataque a la confusa expresión newtoniana de que el espacio es el sensorio divino, el *Sensorium Dei*, que es rápidamente interpretado por Leibniz como un órgano divino de percepción. La discusión en torno a la propiedad, elocuencia y corrección de esta expresión recorrerá toda la correspondencia: ¿se trata de una sentencia literal? ¿Es una metáfora? ¿Si lo es, se trata de una metáfora correcta? Probablemente este sea el punto en el que se revele de un modo más claro el espíritu poco dialógico que hay en ambas partes. La ironía y el truco retórico se dejarán ver por parte de Leibniz y, un asunto que podría ser solucionado con un simple par de aclaraciones, se perpetuará en un diálogo de sordos.

Sin embargo, inmiscuidos en esta infructífera discusión, se asoman temas de importancia capital para la metafísica del espacio. En la discusión sobre la posibilidad de un Sensorio Divino, surgen temas tan importantes como la relación entre acción y presencia, su aplicación a la naturaleza

divina y el papel que juega el espacio en la presencia. Aunque en este punto parecería necesario adentrarse a un complicado análisis de la naturaleza divina, la delimitación del concepto de espacio será suficiente para establecer con precisión cuál puede ser la relación entre éste y Dios. Más delicado se volverá el asunto cuando se estudien distintas expresiones de Leibniz en donde, fuera de la correspondencia con Clarke, parece acercarse de un modo importante a las ideas newtonianas expresadas en los *Principia*. En concreto, Leibniz (como Newton) parece defender la idea de que el espacio y la inmensidad divina se identifican. Será necesario entonces aclarar si se trata de un cambio de opinión, de una inconsistencia o de una coincidencia con el pensamiento newtoniano que no quiso hacer pública.

Por último se abordará el problema del vacío. Un tema que suele ser tomado como una antesala para estudiar el problema del espacio en Leibniz pero cuya resolución necesita en realidad de la definición previa del concepto de espacio. Es bien conocido que Leibniz niega la *existencia* de espacio vacío en el universo. Sin embargo, varios comentaristas afirman que Leibniz sí admite la *posibilidad* de dicho vacío. Será necesario pues, delineado con precisión el concepto de espacio, abordar esta cuestión y determinar si Leibniz admite en algún sentido la posibilidad del vacío.

Desde un punto de vista general, la investigación sigue un criterio aproximativo. Se parte de lo más general —el contexto— hacia la crítica de Leibniz contra el newtonianismo para, a través de estos dos, descubrir el concepto leibniziano de espacio. Por otra parte, el análisis pretende abordar la temática del espacio leibniziano desde diversas perspectivas. Cada una de ellas debe aportar una cierta base que abone a la comprensión del resto, apuntar sus propios límites y, en consecuencia, señalar la necesidad de las otras perspectivas.

El primer capítulo tiene una vocación profundamente histórica: su objeto es delimitar los parámetros hermenéuticos desde los cuáles debe leerse la polémica de Leibniz con el newtonianismo y, en concreto, la correspondencia con Clarke. Su tratamiento es principalmente contextual o, a lo mucho, formal y, sin suplantar el análisis del contenido, lo posibilita. El segundo capítulo tiene una tónica principalmente lógica. Al tratarse de la crítica leibniziana al espacio absoluto, es decir, de una argumentación que se realiza con conceptos prestados, por llamarlo así, surgen los temas de la corrección y la modalidad lógica de cada uno de los argumentos. Esta discusión, de carácter más bien formal, señalará la necesidad de un análisis modal no meramente lógico, esto es, de una fundamentación de talante

INTRODUCCIÓN

metafísico que soporte las tesis esgrimidas por Leibniz contra el espacio newtoniano. El capítulo tercero da el primer paso en esta dirección: de la lógica al ámbito de la física. Este capítulo intentará explicar el paso de un estudio cinemático hacia uno dinámico y por lo tanto metafísico en sentido leibniziano. El último capítulo entrará de lleno a la metafísica leibniziana para definir el concepto de espacio en sintonía con el resto de los conceptos con los que convive.

Se debe aclarar que, aunque una distinción entre física y metafísica o ciencia y filosofía es completamente anacrónica al aplicarse al pensamiento de principio del siglo XVII, es verdad que muchas veces esa distinción afecta los estudios contemporáneos que miran los textos modernos con esos criterios²³. En ese sentido, cuando se habla aquí de una distinción entre una aproximación física o metafísica, no se intenta establecer bajo los términos actuales, sino, en la medida de lo posible, en términos leibnizianos: el espacio en relación con los cuerpos o en relación con las sustancias.

Este esfuerzo panóptico dentro del estudio evitará, en la medida en que es posible, algunas malinterpretaciones que surgen al acudir a perspectivas parciales desde las cuales estudiar el espacio. Se es consciente, sin embargo, de que una comprensión absoluta es imposible y que, en consecuencia, la parcialidad del estudio es inevitable. De ahí que sea esencial reconocer desde ahora los límites y enfoques del estudio.

En el ámbito histórico se tendrán que dejar de lado buena parte de los antecedentes filosóficos de las tesis leibnizianas, así como los filósofos que influyeron en ellas. Se hablará de ellos exclusivamente en la medida en que ayuden a comprender de un mejor modo el pensamiento del filósofo alemán. Se omitirán también las consecuencias y la influencia del concepto leibniziano de espacio en autores posteriores. De este modo, se postergará para otras investigaciones el análisis de la influencia que tuvo sobre el concepto de espacio de Kant, Euler y otros. Quedará también fuera del estudio (o apenas esbozado por éste) la relación entre las teorías de la relatividad contemporáneas y el relativismo leibniziano.

En la correspondencia con Clarke se encuentra una nutrida variedad de temas y cuestiones que no podrán ser tampoco abordadas aquí. Estos

23. Andrew Janiak, por ejemplo, en su estudio sobre Newton, alerta que la palabra “científico” fue usada por primera vez en 1833 por William Whewell al revisar el trabajo de Mary Somerville. Cfr. Janiak, Andrew: *Newton as philosopher*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 2008, p. 2.

temas serán tratados en la medida en que colaboran a la comprensión del tratamiento del espacio en la polémica. Tampoco será posible abundar en la doctrina filosófica de Newton o de Clarke, más que en aquellos tópicos que hayan sido tratados por Leibniz. De manera análoga, aunque se visiten múltiples temas de la dinámica y la metafísica leibniziana, éstos sólo serán considerados en relación al tema del espacio con la intención de preservar la unidad del discurso. Otra omisión dentro de la presente investigación será el análisis profundo del concepto de espacio en relación a la geometría leibniziana. Aunque será tratado en relación al estatus gnoseológico del espacio, no se abordará la compleja teoría en torno al *analysis situs*, la cual ha sido abordada ya en el trabajo antes citado de Vincenzo de Risi.

Tampoco habrá ocasión para recorrer en el análisis las distintas etapas que cursó el pensamiento leibniziano en torno al concepto de espacio. Es bien sabido que Leibniz sostenía en su juventud un concepto similar al newtoniano que fue mutando con el paso del tiempo hacia su versión final defendida en la correspondencia con Clarke. El estudio intentará reconstruir el concepto más acabado de este concepto sin poner atención, necesariamente, en las nociones previas que le dieron origen.

De este modo, con la presente investigación se pretende comprender el concepto leibniziano de espacio a través de la correspondencia Leibniz-Clarke, complementando su comprensión con el análisis de textos coetáneos o, al menos, de la última etapa de su vida.

* * *

Mis agradecimientos serán siempre insuficientes. Agradezco especialmente al Dr. D. Ángel Luis González, director de la tesis que dio origen al presente libro, por su diligente y prudente guía en mi investigación. Este trabajo debe su existencia y los aciertos que tenga a su apoyo filosófico y personal.

Agradezco también a la Universidad de Navarra. Bajo su techo fue elaborado este libro y en el seno de su Departamento de Filosofía fue discutido, comentado y revisado. Agradezco en consecuencia a todos los miembros del mismo, a su Junta Directiva y al Director del Programa de Doctorado, Fernando Múgica. A esta Universidad debo también los medios económicos que posibilitaron dedicar mi tiempo a esta investigación

INTRODUCCIÓN

gracias a una beca que fue concedida por la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra.

Mi agradecimiento va también para la Universidad Panamericana, donde recibí mi primera formación filosófica, y a quien fuera directora de la Facultad de Filosofía durante mi permanencia en esa universidad, Rocío Mier y Terán.

Debo agradecer igualmente a todas aquellas personas que dedicaron su tiempo a la revisión, discusión o perfección de este trabajo: Marta Mendonça, Jaime de Salas, Agustín Echavarría, Bernardino Orio, Alberto Ross, y Laura Benítez. Muy especialmente mi agradecimiento es para Juan Arana por su constante apoyo y orientación.

Agradezco igualmente al Leibniz-Forschungsstelle Münster, en donde tuve la oportunidad de hacer una estancia de investigación para el desarrollo de este trabajo. Un agradecimiento, pues, para todos sus miembros y, en especial, para su director, Thomas Leinkauf.

Finalmente, debo agradecer a todos mis amigos —colegas o no filósofos— que han hecho más posible, llevadera, disfrutable o apasionante esta empresa. A mi familia y mis padres cuyo soporte excede, pero incluye también, el ámbito de este trabajo.

De un modo especial, mi agradecimiento es para Fernanda: esposa, amiga, filósofa.